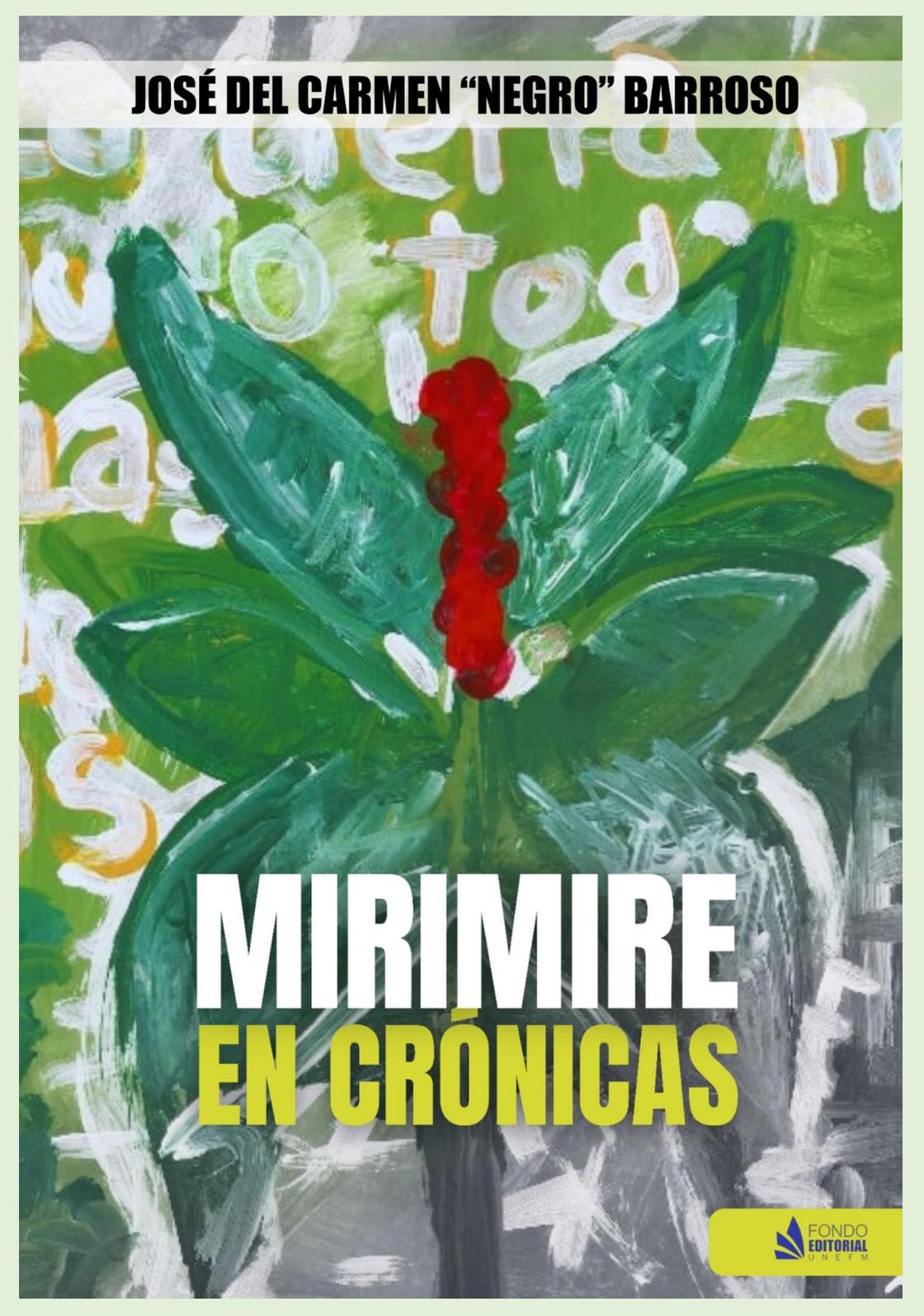


JOSÉ DEL CARMEN “NEGRO” BARROSO



**MIRIMIRE
EN CRÓNICAS**

MIRIMIRE EN CRÓNICAS

JOSÉ DEL CARMEN “NEGRO” BARROSO



Imagen de portada

Autor: José del Carmen Barroso

Serie: Almacigo

Técnica: Mixta

Fecha: 2012

Medidas: 27,94 cm x 21,59 cm

Colección: Manuel Coronado Madriz

Copyright, 2025

MIRIMIRE EN CRÓNICAS

José del Carmen “Negro” Barroso

Fondo Editorial UNEFM

Coro- Venezuela

Ediciones Madriguera

Mérida- Venezuela

Revisión de la obra:

Manuel Coronado Madriz

Diseño de la portada:

Iván Gómez

HECHO DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 978-980-245-148-7

Depósito Legal: FA2024000074

Este trabajo lo dedico con amor a mi esposa Nacha,
a mis hijos José del Carmen, Josefina, Jacqueline,
Paula y Piedad; a mis nietos Keilyn, José Antonio,
José Gabriel, Paola, Carlos, Lorena, María José
y a los que están por venir.

De igual manera dedico este trabajo
a la juventud de Miririmire.

Quiero darles las gracias a todas aquellas personas que de una u otra forma me dieron su colaboración, en especial a mi hijo José del Carmen y a mi sobrino Nelson Eduardo.

ÍNDICE

	PÁG
Padre Negro que estás en el cielo (a manera de prólogo)	7
DE LA FUNDACIÓN, DESARROLLO, HECHOS HISTÓRICOS Y COSTUMBRES DE MIRIMIRE.....	12
I	13
II	16
III	18
IV	21
FESTIVIDADES RELIGIOSAS Y COSTUMBRES FUNERARIAS.....	22
Navidad	23
Semana Santa	27
Velorio de cruz o altares de cruz	30
Muerte y velorio	31
ACTIVIDADES ECONÓMICAS	32
I	33
II	36
III	39
IV	40
LAS AUTORIDADES DEL PUEBLO, UN HOMBRE LLAMADO FORNERINO Y CÓMO LLEGÓ SAN ISIDRO A MIRIMIRE.....	42
DE ENFERMEDADES Y MEDICINAS.....	46
ALGUNOS CASERÍOS QUE COMPONEN EL MUNICIPIO SAN FRANCISCO.....	49
Caydi	51
Las Macanillas	52
TRES PERSONAJES DE MIRIMIRE	53
Don Mario Felizzare	54

Juana Mazillo (Juanita “Wiche”)	56
Germán Lugo	57
HECHOS RECIENTES DE MIRIMIRE	58
Primer reencuentro de mirimireños 14 y 15 del mes de mayo de 1993 (en el marco de las fiestas patronales en honor a San Isidro Labrador)...	59
Haciendo historia con la Sociedad Bolivariana	63
Carnavales 96	64
Sesión solemne del Concejo del Municipio San Francisco con motivo de las fiestas patronales de San Isidro Labrador Patrón de Mirimire (15 de mayo de 1996)	65
Acto de juramentación de la Sociedad Bolivariana de Mirimire	66
ANEXOS	68

PADRE NEGRO QUE ESTÁS EN EL CIELO

(A manera de prólogo)

José del Carmen Barroso Morales, conocido en toda la costa oriental de Falcón como el Negro Barroso, en vida fue obrero, comerciante, cronista del municipio San Francisco, juez accidental, presidente del concejo del otrora distrito Acosta, director de la Casa de la Cultura de Mirimire, poeta y dirigente del partido social cristiano COPEI.

Nació el 30 de septiembre de 1925 en el caserío Agüide, a orillas del mar Caribe, pero a muy temprana edad su familia materna se trasladó con él y su hermano morocho, Tito, a Mirimire en búsqueda de tierras fértiles donde echar raíces.

Era hijo de Josefina del Carmen Morales de Barroso, hija de agricultores, y de Andrés Barroso, de quien sabemos poco porque se separó muy pronto de mi abuela, aunque nunca se divorciaron. Solo sabemos que Andrés era hijo de una guajira llamada Isabel, y que mi padre lo amaba sin sentir nunca ningún rencor por su abandono.

Desde la niñez, mi padre sintió vocación por la escritura. Cuando apenas cursaba la primaria escribió un cuento que maravilló a su maestro. Éste envió el escrito a Caracas, a la revista *Onza, Tigre y León*, y a los meses recibieron la noticia de que el cuento había sido publicado.

Mi padre también dibujaba, maravillosamente, desde niño, y se ganó la fama como uno de los hombres más creativos e inteligentes del

pueblo. Siendo muy joven trabajó en un circo que llegó al poblado, antes de prestar su servicio militar en San Fernando de Apure, donde tuvo la oportunidad de leer, en una biblioteca que había en el cuartel, mucha literatura. Mucha.

Cuando terminó su servicio vivió en La Guaira, y en sus ratos libres solía fisgonear por los alrededores de El Castillete, donde más de una vez paladeó el café que le obsequiaba Juanita.

Luego regresó al pueblo y se dedicó a realizar todo tipo de avisos publicitarios, tanto en Mirimire como en los pueblos vecinos. En ese tiempo se entregó a la bebida. Bebía tanto que cuando intentaba parar lo atacaba el delirium tremens. Una vez, la musiciá Gertrudis, una austríaca que había llegado al pueblo huyendo de los horrores de la guerra, y le dio a mi padre su amistad y protección, le pidió que pintara un letrero en la entrada de su negocio. Él cumplió con lo encomendado y cuando se embriagó fue envalentonado a cobrarle a Gertrudis su trabajo. Esta temiendo que el Negro se gastara el dinero en alcohol, le pidió que regresara al día siguiente. Se fue, sí, pero volvió al rato con un pote de pintura negra y cubrió con unos brochazos el hermoso aviso del restaurante.

Entre tragos y tragos escribía artículos de prensa y poemas satíricos dedicados a los lugareños que no le caían en gracia. A estos también les hacía caricaturas que iban pasando de mano en mano, provocando la risa de muchos y la de ira algunos.

Mi abuela Fina, lectora de las grandes novelas del romanticismo, era lavandera, así se ganaba la vida desde que se separó del abuelo

Andrés. Por aquel entonces todo lo que ganaba Fina era para gastarlo en cuanto medicamento le decían que era bueno para dejar la bebida. Hasta a evangélico se metió el Negro, con lo católica que era la familia, tratando de dejar el alcohol, pero ninguno de esos remedios funcionó. Un día, en medio de una borrachera, mi padre acabó con un bar. Ahí quebró todas las botellas y partió todas las sillas. Entonces lo llevaron preso. Cuando mi abuela fue a visitarlo al calabozo la humillaron tanto los policías que él juró no beber nunca más en la vida y cumplió a cabalidad su juramento. Un año más tarde enamoró a mi madre, Ygnacia, y se casaron en una hermosa ceremonia que ofició su gran amigo, el padre Antonio Avella, quien organizó un banquete, en el restaurante de Gertrudis, al que asistieron los cursillistas, grupo de la iglesia al que ahora pertenecía mi papá. "Fue una boda como de gente rica, había bebida y comida en abundancia, gracias al padre Antonio y los cursillistas, pues nosotros éramos muy pobres", suele decir mi mamá.

Mis cuatro hermanas y yo crecimos escuchando las historias de mi padre, quien tenía más cuentos que el libro *Las mil y una noches*. Cada cuento era más gracioso que el otro.

Como mi padre escribía muy bien, siempre iban a la casa vecinos o compañeros de su partido para que les escribiera cartas para algún familiar, el gobernador, algún ministro o el presidente de la república. Recuerdo en particular el cuento del señor Aniceto, el cual vivía en un sector llamado La Batea, que es el vado de un tramo del río El Cristo. Un día este señor, a quien todos llamaban "el tuerto", por

razones obvias, fue a pedirle que le escribiera una carta dirigida a Radio Coro para que complacieran a un grupo de damas de su comunidad con una canción de moda. Mi padre le dijo que con mucho gusto, que la escribiría al día siguiente, muy temprano en la mañana, pues esa era la mejor hora para inspirarse, y que él mismo la llevaría a Radio Coro aprovechando que debía ir a la capital del estado a hacer unas diligencias. Mi padre escribió la carta, pero cuando iba a escribir el nombre del remitente este se le olvidó y no le quedó de otra que firmarla con el apodo. Don Aniceto había advertido a toda la comunidad que oyeran la radio esa mañana y cuál no sería su sorpresa cuando escuchó al locutor decir: "Desde Mirimire nos llega una misiva para que complazcamos a Juana, a Rosa, a María y a Petra. De parte del tuerto de la Batea". Ayyyyy, mejor que no, aquel hombre llegó hecho una fiera a la casa: "¿Cómo me va a echar esa vaina, compañero?", lo increpó. Como mi papá se las sabía todas lo calmó diciéndole: "No, compañero, el que le cambió el nombre fue el locutor ese, es que usted es muy famoso, a usted lo conocen hasta en Coro". Y el hombre se fue conforme.

Mi padre era un hombre muy noble, tal vez por eso era compadre de medio pueblo. Como era político, llegaba mucha gente a la casa para que la ayudara en la solución de algún problema. Entonces se agarraba el problema para él, se llevaba a la persona para Coro, le pagaba el pasaje y la comida y hablaba con algún compañero de partido para que ayudara a la persona a solventar su conflicto, que iba desde un divorcio hasta la falta de una beca de estudios o un hijo reclutado.

Todo lo bueno que diga aquí sobre mi padre es poco, porque mi padre era un hombre de un amor inconmensurable, nunca juzgó a ninguno de sus hijos, nunca nos desprotegió, siempre nos defendió de cualquiera, nunca quiso cambiar nuestras pasiones para su conveniencia, cuando yo llegaba de Coro, después de arroparme con sus brazos de roble e impregnarme de su olor de siempre a Paco Rabanne y tabaco me preguntaba: "¿Qué estás escribiendo?" o "¿Qué estás leyendo?", y nos instalábamos horas y horas a hablar de política o me daba a leer las crónicas que escribía, bellas crónicas sobre nuestro pueblo que él tanto quería.

Negro, todos aquí te amamos y te extrañamos. Siempre le hablamos a tus bisnietos de ti. Te habría gustado conocerlos y contarles los cuentos de Tío Tigre y Tío Conejo. Yo lo haré por ti y también les escribiré poemas como a ti te gustaban, con rimas, metáforas, símiles y muchas palabras bonitas.

José del Carmen Barroso hijo

DE LA FUNDACIÓN, DESARROLLO, HECHOS HISTÓRICOS
Y COSTUMBRES DE MIRIMIRE

De la fundación de Mirimire, municipio San Francisco, no se conoce una fecha exacta. Sus primeros moradores fueron gente llegada de otras partes, especialmente de “Costa Abajo”, como se le decía al municipio Zamora y a la península, quienes, traídos por la fertilidad de la tierra y su atractivo clima, fueron llegando a la zona donde fundaban sus conucos, hacían sus casas, regresando luego a sus lares para volver con sus familias. Mi abuelito Anastasio Morales, quien vino del municipio Zamora en el año 1905, me contaba que las primeras casas que se vieron fue en las márgenes del río “El Cristo”, el cual para esa época era caudaloso y contaba con varias especies de peces, hoy desaparecidos, como ha desaparecido su caudal por las talas y las quemas indiscriminadas que han hecho en sus orillas.

Más tarde, la gente fue buscando las partes más altas y fue así como empezaron a fabricar sus casas en la cuesta donde es hoy Mirimire. Las primeras casas fueron fabricadas de bahareque y para su construcción cortaban la madera, que abundaba mucho en la región. Usaban la madera de “corazón” como “horcones” principales y luego intercalaban madera blanca, “estantillos”, para amarrarle luego varillas con bejuco “sonador” y “cadenillos”, no usaban clavos, porque a pesar de que eran baratos no se conseguían en las bodegas o no tenían el bolívar para comprar el kilo. Después de estar “estantillada” la casa, procedían a “embarrarla”, que consistía en hacerle las paredes, para lo cual buscaban un sitio en el piso donde hubiera caliza (ya que todo

barro no servía para la construcción) y haciendo un pozo le echaban agua y con los pies batían hasta darle “punto”. Era entonces cuando empezaba la operación de “embutir”, llenar de barro las partes que había entre “varilla y varilla”. Pasadas dos o tres semanas, cuando el “embute” estaba seco, procedían al “pañote”, que consistía también en hacer un pozo en el piso y luego echarle agua hasta formar un barro más liviano, que batían con una escardilla y sabían cuando ya “daba punto” porque sacaban el pie y con la punta del dedo gordo dejaban caer goteritas y si hacían hoyitos en el barro era señal de que ya estaba listo. Entonces procedían a cortar hierbas, especialmente una que llamaban “hormiguita”, y en trocitos la dejaban caer en el barro que batían de nuevo, para empezar a “empañotar” la casa. Dos semanas después, cuando el “pañote” estaba seco, lo cubrían con una mezcla que llamaban “mezcla real” (lo que es hoy en día friso), la cual estaba formada por cal, caliza y estiércol de burro, ya seca ésta procedían a “blanquearla”, para lo cual usaban la cal a la que le echaban “sangre de zabila” o querosén. Utilizaban para esta operación una brocha que llamaban “hisopo”, fabricada con hojas de cambur secas. A casi todas las casas les hacían en la parte inferior una “cinta”, casi siempre con azulillo, almagre (una piedra roja y blanda que había mucho en la zona) y, cuando la casa estaba de luto, con “tusa” de maíz quemada, que daba un color gris. Su piso generalmente era de tierra, las ventanas y puertas las pintaban de azul o verde con la pintura “Sapolín”, que fue la primera pintura que se conoció por aquí y la cual venía en un envase en miniatura. A las casas, generalmente, les hacían un corredor al frente y

clavaban dos horquetas, poniendo después una madera larga donde sentaban a la gente que iba de visita.

En el solar de la casa nunca faltaba un gallinero con varias gallinas “finas” y “burronas”. Estas gallinas costaban cada una, todavía hasta el año cuarenta, “dos y medio”, es decir 1,25 y los huevos cinco por un bolívar o se cambiaban por café, sal, panela, querosén, etc. En el solar tenían también una “vaca de patio”, que ordeñaban por la mañana para llevar leche al conuco y la que quedaba venderla para ayudar a la casa, su costo era de medio (0,25) por litro.

II

Escudriñando en algunas fuentes de todo crédito histórico, he podido averiguar que en el año de 1875, según censo de Guzmán Blanco y la Ley Territorial del Estado Falcón, los hoy municipios tenían el nombre de departamentos y para esa época, 1875, el departamento Acosta estaba conformado por Capadare, que era su capital, Jacura, Carorita (hoy Agualinda), San Miguel del Tocuyo (hoy Tocuyo de la Costa), San Juan y Tucacas; y tenían el cuadro estadístico poblacional siguiente:

Habitantes por pueblo:

Capadare	3.523
Jacura	1.628
Carorita	398
San Juan	548
San Miguel del Tocuyo	1.780
Tucacas	971

Para una población total de 8.847, distribuida en 1.538 casas.

Para el año de 1885, por decreto de la Legislatura del Estado Falcón, se revisa la Ley de División Territorial y se sustituyen los departamentos por distritos y municipios. El distrito Acosta queda conformado de la siguiente manera: Capadare, su capital, con los municipios: Curamichate; San Francisco, con su capital Tinajitas;

Carorita y Jacura. En esta ley se menciona Mirimire tan solo como una aldea de Campesinos y San Juan de los Cayos como ranchería de pescadores.

He podido averiguar que entre los años 1773 y 1774 en el viaje de exploración o adoctrinamiento religioso que hiciera por esta región Monseñor Martí, su ruta mencionada fue: Capadare, Jacura, Carorita, Barabara, Hueque, Turupia, Cumarebo y Coro. Tampoco para ese año se menciona a Mirimire. Según datos obtenidos por mí, con el fin de saber más de mi terruño, he podido averiguar que en el año de 1870, dos caseríos de mi pueblo, Buena Vista y El Guay, fueron teatro de la Guerra Civil, cuando se enfrentaron en feroz lucha el 27 de febrero de 1870 los generales Ruperto Monagas y José Ignacio Pulido. El primero ejercía la Presidencia de la Republica y venía al frente de 1.300 soldados a proteger la ciudad de Coro; el segundo se encontraba en armas contra el gobierno y a favor del general Guzmán Blanco y venía, al frente de un gran contingente de hombres que había reclutado en los pueblos de Lara, a tomar la ciudad de Coro. Dice la fuente que el encuentro empezó a las diez de la mañana y que sólo las sombras de la noche dieron fin a esta encarnada lucha. Pulido se retiró maltrecho a Capadare y el general Monagas, tan pronto amaneció, se encargó de quemar los muertos y curar a los heridos.

III

El municipio San Francisco, capital Mirimire, antes capital Tinajitas, es uno de los municipios de la costa falconiana que más se ha desarrollado al compás del tiempo y de acuerdo al acontecer moderno de la época. El origen del nombre “Mirimire”, según el Dr. Tulio Arends en su libro *Mirimire: estudio médico-social de una zona rural, municipio San Francisco, estado Falcón* publicado en Caracas en 1949 por la Editorial Bolívar, fue dado por el mismo Libertador en su paso por la provincia de Coro, ahora estado Falcón, pero estudiosos como el cronista e historiador Juan de la Cruz Esteves creen que la palabra Mirimire es de origen indígena, lo que llevó a este autor a incluir el nombre de nuestro pueblo en su libro *Topónimos indígenas de Paraguaná y otros topónimos indígenas del estado Falcón*, publicado en Caracas en 1989 por la Refinería de Amuay, Lagoven.

Mirimire se encuentra enclavado en una cuesta cuya calle principal o calle Bolívar parte el pueblo en dos, hasta donde llegan los límites de Mirimirito, en donde está el Club “El Mirador”, desde donde se pueden contemplar los más bellos panoramas de la madre naturaleza. La plaza Bolívar es una de las más bellas del estado Falcón, con sus árboles de un verdor exuberante que forman un espléndido bosque y permanentemente le dan sombra a nuestro Libertador, quien desde su pedestal mira hacia el norte. Alrededor de la plaza Bolívar se encuentran casi todos los poderes públicos como son: el juzgado del municipio, la prefectura y el comando policial, la medicatura, el

Ministerio de Agricultura y Cría (MAC), la oficina de correos, la farmacia Venezuela y su preciosa iglesia, también se encuentra la sede de la alcaldía. En la parte norte, es decir en el sector denominado El Cruce, se encuentra el comando de la Guardia Nacional, el Banco de Fomento, El Instituto de Créditos Agropecuarios (ICAP) y la mayor parte del comercio. Cuenta también Mirimire con tres hoteles, los cuales son el “Mirimire”, el “Crispi” y “El Valle”, tiene tres clubes familiares en donde sus habitantes festejan sus acontecimientos, tales como graduaciones, bautizos, matrimonios y otros. Hay un Grupo Escolar por donde han pasado ya varias generaciones que hoy en día son profesionales y padres de familia que trabajan por el engrandecimiento del terruño que los vio nacer y crecer. En Mirimire también se cuenta con un moderno liceo en donde se han formado bachilleres, no solo de Mirimire, sino también de todos los pueblos vecinos. De allí han salido bachilleres que hoy en día son abogados, médicos, ingenieros, profesores, agrónomos, etc.

El municipio San Francisco se encuentra ubicado en la parte nororiental del estado Falcón, sus límites son los siguientes: por el norte con la parroquia La Pastora del municipio Acosta, por el sur con los municipios Jacura y Cacique Manaure, por el este con la parroquia Capadare del municipio Acosta y por el oeste con el municipio Píritu. El transporte o medio de movilización es muy fácil por su ubicación, ya que en la vía que conduce de Coro a los estados del centro y la capital de la república y viceversa existe una parada que está a menos de cinco minutos de Mirimire. Y en la parte norte de la población, es decir, en El

Cruce, hay un terminal de pasajeros desde donde las personas se transportan a Morón y Valencia vía la costa. Cuenta Mirimire, también, con una línea de pasajeros urbana que hace su recorrido diario desde El Bigote hasta San José del Cube y viceversa.

IV

En aquellos tiempos, en Mirimire no se conocía la palabra vajilla y nadie se imaginaba que los platos, cucharillas y tenedores tomaban ese nombre. Estos utensilios eran fabricados del fruto del taparo, “tapara”. La tapara redonda pequeña se abría en dos partes, luego se le sacaba la “tripa” (limpiaba) y servían como tacitas para tomar el café mañanero, para sacar y tomar el agua de las tinajas e, incrustándole un pedazo de madera en sus bordes, como “remillón” (cucharón) para “ventear” el café. De la tapara redonda grande se sacaban dos “totumas”, que se usaban como “vasos de noche” (bacinillas) o como medidas para el maíz o el frijol, y como poncheras para el baño en el río o las quebradas. Había unas pequeñas, ovaladas, que se partían en seis, éstas tomaban el nombre de “carebe” y se utilizaban como cucharillas para la sopa. A la tapara grande alargada se le hacía un orificio en uno de sus extremos e introduciéndole una varilla se limpiaba; para que esta limpieza fuera más efectiva se le introducía luego piedritas, las cuales se agitaban hasta obtener los resultados esperados. Esta tapara se utilizaba para acarrear el agua del río y si se partía en dos servía para recoger las “piras” en los conucos, recibiendo el nombre de “cucharon”, y como medida, según su tamaño. Había la de una cana, que eran dos kilos y la media cuartilla, que eran cuatro kilos. La tapara redonda pequeña se utilizaba para fabricar las maracas y las zarandas que usaban mucho las mujeres para jugar en Semana Santa.

FESTIVIDADES RELIGIOSAS Y COSTUMBRES FUNERARIAS

NAVIDAD

La Navidad o Pascuas era un acontecer lleno de religiosidad y compartir entre familiares y amigos del pueblo. La víspera de la Noche Buena de Pascuas, a primeras horas de la mañana, en cada casa de la vecindad, se beneficiaba el marrano que para esa fecha se había venido engordando todo el año, este era el ingrediente principal de las tradicionales hallacas, que para la época en el pueblo tenían el nombre de “tamares”, pues las que se conocían como hallacas eran las que se hacían con maíz tierno, envuelto en la hoja del jojoto. Después de beneficiado el marrano era cortado en trozos, los cuales se ponían dentro de un “cucharón”, sobre hojas de cambur, acompañados con verduras y condimentados con aliños verdes. Luego los muchachos empezábamos a repartir por todas las casas del vecindario. Esta operación navideña era conocida como “el potaje” y se realizaba en todos los hogares.

Para la época no se conocían las aceitunas, alcaparras, uvas pasas, ni los demás ingredientes de hoy, pero las hallacas quedaban con un sabor delicioso.

El día primero de diciembre existía la tradición de la peregrinación del niño, que consistía en un grupo de personas que durante el año habían recibido un favor por algún problema o enfermedad, éstas pagaban su promesa peregrinando por los pueblos vecinos, llevando al niño entre sus brazos y recolectando dinero para hacerle su fiesta el día 24 de ese mes en la noche. Ese grupo consistía

en más de seis personas y era dirigido por alguien que tomaba el nombre de “pastor”, quien colgaba de su cuello un paño dentro del cual ponía al niño, mientras portaba en su mano izquierda una campanilla que hacía sonar cuando llegaba a las puertas de una casa. Cuando se tenía noticias de que ya el niño había llegado al pueblo, las amas de casa mandaban a comprar las velas, que costaban un centavo o una locha, y preparaban el altar donde iban a colocar al niño tan pronto llegara a la casa. Ya instalado el niño en el altar cada miembro de la familia desfilaba frente a éste y se hacía la señal de la cruz. La limosna era casi siempre de una locha, un medio (0,25) o de cuatro huevos, cuando no había dinero. Muchas personas exigían a los cantadores que entonaran una salve y el precio de esta era de un medio (0,25). Los instrumentos del grupo o cuadrilla eran los siguientes: un “cinco” (guitarra de cinco cuerdas), maracas, tambora, furruco (también llamado furro o pandero), cuatro y charrasca. Cuando llegaban a las casas siempre entonaban cantos como este:

*Aquí viene el niño
el niño de Atoche,
ábranle la puerta
o lo agarra la noche.*

Y para despedirse, cantos como este:

Vámonos mi niño

*de esta casona
que ya aquí te dieron
tu santa limosna.*

A los niños que más sacaban era a los de Agua Linda, Jacura y La Pastora. En cierta ocasión llegó el niño a una casa de la localidad, le hicieron el recibimiento de ley y cuando el “pastor mayor” recibió la limosna se dio cuenta de que el huevo de gallina que le habían dado estaba “giiero” (batido o podrido), entonces hizo a los músicos una seña con la mirada, pidiéndoles permiso para cantar, éstos le concedieron el permiso y entonó su verso así:

*Vámonos mi niño,
vámonos pa' fuera,
que aquí lo que dieron
fue una ñema giiera.*

En esa época existía también la tradición de “compadres de papelitos”, que consistía en que se reunía un grupo de muchachas en una de las casas del pueblo y en un sombrero colocaban los nombres de los jóvenes del lugar escritos en trocitos de papel. En otro introducían los nombres de ellas y luego de agitar ambos lotes iban sacando un papelito de cada sombrero diciendo entre gritos y risas: “compadres para siempre”, y luego de unir cada par con hilo salían a repartirlos. Las primeras en enviar sus regalos eran las muchachas, estos casi siempre

consistían en una hermosa gallina o en un pañuelo hecho por ellas mismas. Los hombres casi siempre enviaban un corte de tela, una polvera con “Polvo Sonrisa” o un perfume. Cada regalo llevaba una tarjeta con un lazo o un verso. Recuerdo que en cierta ocasión le enviaron una tarjeta a un tío mío, que decía:

*La luna viene naciendo
muy resplandeciente
porque mi compadre Chiche
es un hombre valiente.*

Los compadres se reunían los días 2 de febrero, día de La Candelaria, para ir a visitar y ponerle a la orden a las comadres. Iban acompañados de un conjunto de música y pasaban todo el día de La Candelaria tomando y comiendo gallinas con las comadres. Esta tradición, al igual que muchas otras, ya no existe.

SEMANA SANTA

La Semana Santa, una gran tradición, legado religioso que nuestros antepasados dejaron sembrado en nuestros corazones cristianos, a pesar de que en el pueblo no se tenía un guía espiritual, el más cercano era el cura de Cumarebo. Ese cura bueno y santo que se llamó Tomás Riera, quien nos visitaba ocasionalmente, fue el primer cura que yo conocí. Después de Píritu, Mirimire fue uno de los municipios que contó con un cura “colado”, como se decía entonces. Luego este pueblo comenzó a recibir la visita del padre de Píritu hasta el año sesenta y dos o sesenta y tres cuando llegó el primer cura fijo, un hombre preocupado y humanitario, quien, gracias a sus diligencias, llegó a formar el primer grupo de Cursillistas de Cristiandad de esta zona, entre los que me encuentro yo. Ese sacerdote a quien me refiero es el bien recordado por la feligresía de Mirimire presbítero Antonio Abella, cariñosamente padre Antonio, a quien Dios ha llevado hasta la zona cálida de Maracaibo donde se encuentra prestando una gran labor a Dios y a la feligresía de esa ciudad.

Volviendo a la Semana Santa de antaño, los días lunes, martes y miércoles hasta el mediodía los ocupábamos en cortar la leña y el pasto para los animales de la casa, que luego almacenábamos para el consumo durante la Semana Santa, ya que a partir del miércoles al mediodía no se podía cortar, pues había la creencia de que si se cortaban los árboles éstos manarían sangre y los pastos llorarían. Las mujeres en reunión pilaban todo el maíz que iban a utilizar para hacer las arepas en la

Semana Mayor, pues durante ésta no se podía pillar porque se pilaba a Dios. La gente no se bañaba a partir del miércoles al mediodía, ya que, según la creencia el que se bañaba se volvía pez. Tampoco se oía ninguna clase de música y a uno le prohibían hasta silbar bajito. Si alguien durante esta fecha le hacía una malcriadeza a los padres o a algún tío le decían “el sábado repico gloria”, queriéndole decir que el sábado lo castigaban y era que cumplían su promesa. Tampoco se hacía el amor, decían que quienes lo hacían tenían doble castigo porque habían cometido doble pecado. Todos los días santos eran de recogimiento en los hogares, los muchachos y los hombres jugábamos volantín y trompo. A quien se le rajaba el trompo se quedaba toda la semana sin uno, porque no se podía cortar ningún árbol para fabricar uno nuevo. Las mujeres en sus casas jugaban barajas (“carga la burra”), zaranda y “colores”. Este último juego consistía en granos de frijoles y “tapirama” de diferentes colores que en número de cinco cada jugadora lanzaba hacia arriba y luego intentaba atraparlos. Quien tomara más granos era la “mano” del juego y le tocaba reunir su primer color, luego iban sacando el color sus compañeras, por orden de posición hasta, que sacara la última, si perdía el juego o no atinaba en los colores, entonces le correspondía a la que seguía en posición.

En esos días sólo se comía pescado y granos, comer carne era un pecado capital. En todos los hogares se hacían los tradicionales dulces de Semana Santa, los cuales eran los buñuelos, el dulce de lechosa, el de cambur, el de coco y también la “malarrabia” que era un dulce de batatas.

En casi todos los hogares del pueblo se practicaba el ayuno los Viernes Santos, con un gran recogimiento y fe cristianos. Ese día después de las doce del mediodía, hora en que se terminaba el ayuno, se ponía la mesa para un suculento almuerzo donde se rezaba y se daban gracias a Dios. El día “Sábado Santo” o “Sábado de Gloria” se colgaba, a las seis de la mañana, en un árbol vecino una paila (caldero) o una lata “querosenera”, que venía a hacer las veces de campana del pueblo y la cual era tocada con un trozo de madera cuando se calculaba que eran las ocho de la mañana. Entonces empezaban los preparativos para las fiestas de la noche por la “postura de agua” del niño de la casa o por otro motivo que ameritara celebración. Ese día también se le daba el palo al marrano que se había venido engordando para la ocasión durante todo el año.

Desde muy temprano el “judista”, o persona que hacía los judas, comenzaba su tarea por todas las casas recolectando la ropa para vestir el muñeco que pasearían en horas de la tarde y quemarían el día domingo en un acto donde se reunía toda la gente del pueblo para oír las herencias, que en forma de coplas humorísticas, les dejaba Judas en su testamento. Muchos años estuve yo, como secretario, haciendo esos testamentos. Con la quema de Judas se terminaba la Semana Santa. La tradición de Judas, a pesar de que algunas veces revive en algún barrio de Mirimire, ya no tiene el sabor de antaño, ahora es un Judas moderno que hace sus fiestas en clubes con minitecas y música moderna.

VELORIO DE CRUZ O ALTARES DE CRUZ

En la época de mi infancia se adoraba y se le rendía culto a la Santísima Cruz. El día 3 de mayo, en casi todos los hogares de Mirimire había una cruz hecha de madera y vestida con papel de diferentes colores a la cual los mejores cantadores de la zona le ofrendaban con sus voces y su música.

Para esa época había muchos cantadores de salve, estribillos y romances, entre los que se recuerda a Simón Gómez, Pedro Hernández, Gregorio Ramón Flores, María Camargo, todos difuntos; y Nicolás Corniel (Teo), quien aún vive.

Los altares se hacían por el pago de alguna promesa cumplida por la Cruz, esta promesa casi siempre consistía en una enfermedad curada a algún miembro de la familia. Entre las cruces más milagrosas estaba la Cruz de una señora del barrio La Loma, conocida como “la viejita de la Cruz”. Frente al conuco del señor Santiago Zambrano estaba la capilla de otra Cruz, la cual se veneraba todos los años con altares rumbosos, donde se daban cita los habitantes de Mirimire y los caseríos. Esta Cruz estaba ubicada en el caserío Yucumacara (carretera hacia El Cantón).

Hoy esa fe en la Cruz ha desaparecido, sepultándose así una de nuestras bellas tradiciones.

MUERTE Y VELORIO

Las personas eran ayudadas a bien morir por el rezandero del pueblo, pues no había un cura cerca. Esta persona era también quien embalsamaba el cadáver, para lo cual utilizaba creolina, limón y cal, con cuya mezcla tapaba todos los orificios del cuerpo. Luego de este procedimiento, vestía al muerto y lo acostaba en una cama que por lo regular era de madera y lona. En el piso y a cada lado de la cama clavaba cuatro estacas de madera, donde encendía cuatro velas. Las urnas eran construidas con madera de cedro, por ser más blanda y liviana. Al día siguiente, el cadáver era enterrado y comenzaba el riguroso luto, que se guardaba por varios años. Las mujeres iban todas cerradas de negro, de pie a cabeza, incluyendo las manos. Los hombres usaban en el brazo izquierdo una franja negra como de diez centímetros y sólo se despojaban de ella al terminar el luto. El novenario era igual que ahora, se rezaba durante nueve días y en el último se hacía la última noche. Todos los años se hacía "el cabo de año", donde se rezaba y se obsequiaba a los asistentes con café, chocolate, tabaco, pan de trigo y ron.

ACTIVIDADES ECONÓMICAS

I

Se vivía de la agricultura. Se sembraba tabaco, maíz, yuca, topocho y frijol. Con el tabaco y el maíz se comerciaba y lo demás se guardaba para el sustento de la familia. El maíz se recolectaba y luego se guardaba en una “troja”, que era construida dentro o fuera de la casa, utilizándose para su conservación candela y humo de un fogón que se mantenía encendido, así se tenía asegurado el pan de los muchachos durante todo el año. El tabaco se conservaba en un caney que se hacía dentro de la casa, éste era cubierto con hojas de cambur secas y adquiría un aroma que cuando estaban “empacando” se percibía a varios metros a la redonda. Había la capa de primera, que era la hoja de la “primera cogida”, la capa de segunda, la capa de tercera y por último el “capote”, que era el desecho. Este tabaco, al igual que el maíz, era comprado por los comerciantes del pueblo al precio que ellos impusieran a no ser que llegaran compradores foráneos y ofrecieran 10 bolívares más por quintal o fanega. El quintal eran 50 kilos. También existía la “arroba”, que eran 12 kilos y medio. Para el maíz existían varias medidas de peso a saber. Una fanega de maíz en tusa eran doce sacos, una fanega de maíz desgranado eran ocho sacos de 50 kilos cada uno, pero también existían otras medidas de peso tales como el “almud” que eran 32 kilos, la “cuartilla” que eran 8 kilos, la “cana” que eran 2 kilos y el “piche”, que era un kilo. Los comerciantes que compraban la cosecha transportaban la carga para Agüide de donde era trasladada por vía marítima para Puerto Cabello o Puerto Cumarebo. Para este transporte usaban los “arreos” de burros o mulas. Estos “arreos” estaban formados

por varios animales y quienes los conducían se llamaban “arrieros”, los cuales eran hombres acostumbrados al fango en los meses de lluvia,

Los arreos estaban conformados por diez animales y al mejor burro le colocaban una campanita en el pescuezo para que sirviera de guía del arreo, avisara a los habitantes de los poblados cuando iban llegando a éstos y advirtiera a los otros arrieros que se desplazaban en sentido contrario para que tomaran precauciones cuando el camino era muy estrecho. Este burro tomaba el nombre de “campanero” y era respetado por los demás animales, los cuales no intentaban pasarlo en el camino.

Los conucos se hacían por medio de “cayapas”, trabajo cooperativo que consistía en un grupo de hombres que se reunían para prestarse ayuda mutua en las labores agrícolas. Antes de iniciar una “cayapa” los interesados realizaban un sorteo para establecer en qué orden irían prestándose cooperación durante una semana o más días. La logística necesaria corría por cuenta de cada beneficiado. Así limpiaban sus conucos, sembraban, “aporcaban” y cogían el maíz. No existían obreros de profesión y si por alguna necesidad tenían que vender una semana debían trabajar de “sol a sol”, es decir, de seis de la mañana a seis de la tarde, para ganar seis bolívares por la semana, que se los pagaban mitad negocio, mitad “plata”, es decir, recibían tres bolívares y el resto en café, panela, querosén y sal.

Muy pocas personas tenían un molino en sus casas, pues eran muy costosos, la mejor marca, que era “Corona”, costaba veinte bolívares, y no podían adquirirse. Se usaba, entonces, la “piedra de

moler”, donde se trituraba el maíz para hacer las arepas. Esta estaba conformada por un “burro” (trípode) una “batea de moler”, la “mano de moler” y la piedra propiamente dicha.

No se conocía la cocina de querosén, de gas o eléctrica, se usaba solamente el fogón, el cual se instalaba sobre una mesa hecha de madera y barro donde se colocaban tres piedras que tomaban el nombre de “topias” o “diseis” sobre las que se montaba el budare y la olla, ambos, casi siempre, hechos de barro. Había en la cocina de la casa una rueda de bejuco que traían los tercios de panela, estas ruedas servían para guardar las arepas peladas y tomaban el nombre de “oroto”. Tampoco faltaba en las casas la tinaja con agua fresca, un “barril cuarentón” donde se traía el agua del río y un “machucón” en el patio para estrujar la caña y sacarle el jugo utilizado para endulzar el café mañanero o para sudar la “calentura”.

II

La primera fuente de trabajo con que contó Mirimire fue “La Vega”, un fundo agrícola de un italiano de nombre Mario Felizzare, cariñosamente Don Mario para unos o Musiú Mario para otros. En este fundo entraron a trabajar los hombres y mujeres del pueblo y de los caseríos aledaños con un sueldo por igual de un bolívar diario. La jornada era de seis de la mañana a seis de la tarde, de lunes a sábado. El pago se hacía efectivo el día domingo en la mañana. Este señor tenía un encargado o caporal dueño de una bodega en donde obligatoriamente los trabajadores debían pedir el diario de la casa y si no lo hacían, los domingos cuando iban a cobrar sus salarios, les decía que no había más trabajo para ellos.

Las faenas diarias en el fundo consistían en “calar” (cortar arbustos y bejucos), “tumbar” (talar los árboles), “caramiar” (recoger los trozos dejados por la candela) y sacar las raíces con pico para después arar. Esta última tarea la hacían con bueyes “yuntas” que arrastraban el arado. Ya terminadas estas operaciones empezaba el trabajo de las mujeres, el cual consistía en sembrar tabaco y maíz. El tabaco le daba a la mujer más campo de acción, ya que sembraba, “espulgaba” (mataba los gusanos), “capaba” (quitaba los retoños), “recogía” (quitaba las hojas ya maduras de las matas), “ensartaba” (ataba con una cuerda las hojas del tabaco para ponerlas a secar), “enmanojaba” (hacía manojos con las hojas secas) y “encaneyaba” (acomodaba los manojos de tabaco para su acondicionamiento en el

“caney”, el cual era una especie de cuarto que se hacía dentro de la casa con hojas de cambur secas). También las mujeres trabajaban en la siembra y recolección del maíz. En este sentido sus tareas consistían en hacer cien sartas de tabaco de dos metros y recolectar una fanega de maíz (doce sacos). Las tareas de los hombres consistían en limpiar o talar dos varillas de ancho por veinticinco varillas largo (8 x 100 m) y si no las sacaban y dejaban “amarradas” no se las pagaban y perdían el día. Esta fuente de trabajo duró hasta finales de la década de los cuarenta o principios de los cincuenta cuando se empezó a hablar de petróleo y petroleras en el estado Falcón. Los hombres, entonces, empezaron a migrar hacia Punto Fijo, en especial los jóvenes, quienes iban, estaban un tiempo trabajando y después regresaban metidos en un flux de casimir, casi siempre de color azul marino, camisa de cuello duro, corbata volandera, zapatos cubanos de dos tonos, un brillante reloj en la muñeca izquierda y dos leontinas, una en el bolsillo del paltó y otra en el pantalón; y una cartera con muchos billetes. Cuando estos jóvenes llegaban a una fiesta decían: “Siga la fiesta hasta que amanezca, que yo pago”. La llegada de estos jóvenes entusiasmaba a los demás, los cuales poco a poco fueron abandonando sus “tres canales” (machetes), sus hachas y sus escardillas. La Vega sin el refuerzo de aquella tropa de jóvenes que le daban vida se fue quedando sola y abandonada y de tristeza murió.

Para la década de los cuarenta comenzó el movimiento de tierra de lo que iba a ser la carretera nacional Morón-Coro, ya no con picos y palas y con presos como obreros de la obra y un sargentón como

ingeniero, sino con un profesional como el Dr. Marshal y un caporal de experiencia como don Antonio Chiquito, con máquinas pesadas D-10 o D-9, y con obreros que devengaban un estupendo sueldo de ocho y nueve bolívares diarios. El trazado de la carretera lo hicieron casi igual que el de la carretera vieja, salvo algunos desvíos que hicieron en algunas partes, por ejemplo, aquí en Mirimire antes se entraba por donde es el “campamento del MOP”, pasando por la calle El Cementerio, antes Ramón Sarmiento, subiendo por la calle principal, hoy calle Bolívar, para pasar por Mirimirito, El Cube, Belén y llegar a Santa Cruz de Capadare.

III

Para la década de los años treinta, en que aquí se vivía únicamente de la agricultura, la ganadería era casi nula. Algunos moradores tenían una o dos reses que llamaban “vacas de patio”, cuya leche la recogían para alimentar a su familia y la que sobraba la vendían a los vecinos, costando un litro medio real, es decir 25 céntimos. En esa misma década no había carnicería y si alguno beneficiaba una res tenía que salarla para que se conservara, porque a pesar de que la carne era barata tenía poca venta. Después varias personas empezaron a criar ganado con fines más comerciales, entre éstas se puede recordar a los hermanos Jorge y Dionisio Ramos, Antonio Campos y Torcuato Peña. Para la década de los cuarenta empezó el auge de la ganadería y a desaparecer la agricultura como principal actividad. Entre los ganaderos de ese entonces se puede recordar a Margarito Arias, José Henríquez, Guillermo Meza, los hermanos Núñez (Ciro y Salomón), Ramón Sarmiento, Francisco Romero, Francisco y Francisquito Cohen; y otros venidos de otras zonas que formaron aquí su asiento, entre los que se puede recordar a Carmelo Macaluso y Antonio Corsetti. La década de los cincuenta y sesenta fueron decisivas para la ganadería en Mirimire por el surgimiento de la Asociación de Ganaderos y la procesadora de leche PROLAMICA, que dieron gran impulso a esta actividad económica. Hoy Mirimire es uno de los municipios de la costa oriental del estado más productivos de carne y leche.

IV

Los expendios de licores se efectuaban en las bodegas y “ratoneras”, donde se vendían también víveres, comida y ropa. Allá en la década de los años treinta y mitad de los cuarenta existía el expendio de Josefín Sánchez, que era bodega y almacén de maíz y tabaco. Este negocio estaba en la parte más alta de la calle principal, en el mismo lugar donde está hoy el Club Social Mi Tenampa, que pertenece a su hijo Armando Sánchez. Luego, más abajo de la calle existió el negocio de Victoriano Goitía, en la misma forma: bodega y botiquín, un poco más grande porque expendían también carne de res y de marrano. En donde está hoy la casa de la señora María Lucía estaba otro negocio, de iguales características, propiedad de Antonio Goitía, cariñosamente llamado “Goyito”, primo de Victoriano Goitia y oriundo de la península de Paraguaná. En esos negocios se podía comprar una libra de café, un cuarto de panela, un kilo de carne, un litro de querosén y medio (0,25) de sal, todo esto con cinco bolívares. El litro de caña blanca costaba cuatro bolívares y el de cocuy de penca seis bolívares. Cuando se tomaba “copiado” había “palos” (copas) de a locha (0,12 céntimos) y “palos” de a medio. Tanto la caña como el cocuy, lo traían del Caño del Tigre en garrafones y para despistar a los fiscales traían algunos de Cumarebo o Puerto Cabello. Estos si eran legales. Las personas pudientes que tomaban brandy traían sus botellas de Puerto Cabello. Las cervezas eran traídas en sacos, pero esta bebida no tenía mucha clientela porque decían que sabía a “miao de burro”. Los refrescos

también venían en sacos, llegaba una sola marca que se llamaba Cola Champaña o Cola “B” y se brindaba en copitas o tacitas en los bailes que se realizaban en las casas de familia del pueblo, a veces este refresco era dado a los niños en cucharaditas como alimento cuando tenían fiebre o después de darles un purgante, que casi siempre consistía en aceite de tártago Castor, ruibarbo, sulfato y saldiguera; también cuando se les daba el aceite de vermífugo para “deslombrizarlo”.

Trazada la nueva carretera, que va desde el hoy “Bigote” pasando por La Palmita hasta llegar a Capadare, nacieron varios negocios entre los que se puede nombrar: “El Nuevo Frente” de Tilo Acosta, que después pasó a ser de Juan Lugo, ese estaba ubicado en donde está hoy la librería “Soraya”, en “El Cruce”; el de Rafael Rivero, en donde está hoy “El Mercado Negro”, propiedad de Yoli Medina; y el Hotel Mirimire con el bar del mismo nombre, propiedad del italiano Antonio Porticelli y luego de Gertrudis Mazzoni. Después de que Tilo vendió a Juan Lugo “El Nuevo Frente”, construyó otro negocio con el mismo nombre, que más tarde pasó a ser de Mina Colina, su actual propietaria. Con la llegada de la compañía petrolera fueron naciendo otros botiquines con enfriadores y rockolas, como el de Román Escalona (Manche Escalona) en “Yukumacara”, con el nombre de “Guerere”, un porro colombiano que estaba de moda en esa década, también nacieron otros en El Cristo, pero de muy corta duración.

LAS AUTORIDADES DEL PUEBLO, UN HOMBRE LLAMADO
FORNERINO Y CÓMO LLEGÓ SAN ISIDRO A MIRIMIRE

Las principales autoridades del pueblo eran el jefe civil y dos policías que éste nombraba y los cuales no devengaban sueldo alguno. La aceptación de este nombramiento era obligatoria. Estos policías no usaban uniforme y sus armas reglamentarias eran machetes que adornaban con una cinta tricolor. En cierta época vino, importado de Churuguara, a ocupar el cargo de jefe civil un señor de apellido Fornerino, quien con el solo hecho de venir de aquel pueblo se hizo temer por todos los pobladores, quienes cuando lo veían acercarse a sus reuniones se iban saliendo poco a poco. En cierta ocasión mandó a arrestar a un hombre pudiente que con paltó y corbata se encontraba en una fiesta en casa de la novia. Cuando éste estuvo en presencia del jefe civil empezó a despojarse del paltó y a quitarse la corbata, entonces el temido Fornerino le dijo: “Tiene usted tres días de arresto y cien bolívares de multa, y si se quita la corbata y el paltó, entonces tiene doscientos bolívares de multa y una semana de calabozo”. El joven se acomodó la corbata, se abrochó el paltó y se quedó tres días en el calabozo.

Pero como toda persona tiene sus pros y sus contras, cierta noche citó inesperadamente a su casa a todos los habitantes del pueblo (mujeres y hombres) y cuando los tuvo a todos reunidos les dijo: “Es doloroso que un pueblo que tiene ya tantos habitantes no cuente con una iglesia, por eso los he invitado aquí, para que cada uno de ustedes colabore para construir su iglesia”. Y sacando de uno de sus bolsillos un ajado papel empezó a leer: “El señor Anastasio colaborará con cinco horcones, Avelino colaborará con cinco horcones, Aristóbulo también

colaborará con cinco horcones...”. Y así continuó leyendo la lista hasta completar el total del material. Les dio un plazo de ocho días para colocar la madera en el sitio donde se construiría la iglesia y a las mujeres les dijo que ellas colaborarían haciendo la comida para los trabajadores. A los ocho días la madera estaba en el sitio indicado y se comenzó la construcción de la primera iglesia de Mirimire.

Tan pronto estuvo concluida la iglesia, el jefe civil reunió de nuevo a los habitantes del pueblo y les habló de la gran necesidad de conseguir el patrón o patrona. Después de una larga deliberación acordaron que, como la gente de Mirimire vivía de la agricultura, el patrón debía ser San Isidro Labrador. En esa reunión se encontraba presente el “musiú” Mario, acabado de llegar al pueblo atraído por la gran calidad del tabaco que se daba en la zona, quien ofreció regalar la imagen. De inmediato éste hizo los contactos pertinentes con Caracas para traer de España el santo. Tres meses después avisaron que la imagen había salido de España rumbo a La Guaira desde donde el concesionario la haría llegar al puerto de Agüide por vía marítima para ser trasladada a Mirimire. Me contaba mi abuelito, que el día que avisaron de Agüide que la balandra que traía el santo ya se encontraba fondeada allí, el pueblo se llenó de gran alegría y en una gran caravana se trasladó allá para recibirlo, pero cuando llegaron al sitio denominado “El Pilancón” los esperaba una comisión de agüideños, quienes les dijeron que ellos querían tener el placer de traer el santo hasta allí, que era la mitad del camino. La gente de Mirimire aceptó, entonces los agüideños en procesión trajeron el santo hasta El Pilancón e hicieron

entrega del mismo a la gente de Mirimire que esperaba impaciente. En ese recibimiento estuvieron presentes mujeres, hombres y niños mirimirenses y de otros pueblos. Así llegó San Isidro Labrador a ocupar su pedestal como patrón de Mirimire.

DE ENFERMEDADES Y MEDICINAS

Esta fue una de las zonas más flageladas de Falcón por el paludismo, tal vez por su clima frío y las continuas lluvias que imperaban. Cuando la persona era atacada por esta enfermedad el primer síntoma que sentía era un escalofrío, el cual se transformaba luego en un frío tremendo. El tiritar del cuerpo enfermo movía con fuerza la cama, hamaca o chinchorro donde éste se encontraba y no le bastaban las muchas sábanas y cobijas que le ponían encima. Poco a poco le iba pasando el frío para pasar a la fase de “calentura” (fiebre), era entonces cuando le daban el guarapo de panela para que la sudara. A veces cuando no había para comprar la locha de “dulce” (panela) tenían que recurrir al “machucón”, donde sacaban el guarapo de caña que ponían a hervir para dárselo bien caliente al enfermo. Existían tres clases de “calentura”: la “diaria”, que daba todos los días; la “terciana”, que daba de tres a tres días y la “cuartana”, que daba de cuatro a cuatro días. La persona que contraía el paludismo tomaba un color amarillo, perdía el apetito y se ponía barrigona. Las medicinas que se le suministraban eran: Quinina en polvo y una pastilla grande y negra que se llamaba Sanofeli. Gracias al científico Dr. Arnoldo Gabaldón terminó aquí el paludismo y otras plagas tales como el piojo y la nigua.

En cuanto a los médicos existían varias clases: el médico propiamente dicho, el brujo, el chamarrero y el curandero. Los médicos eran personas muy respetables que ejercían la medicina empíricamente, suministraban “recetas” con fármacos y yerbas de diferentes clases. No se conocían los expendios de medicina, ni las farmacias, las medicinas que había en el mercado eran vendidas en las bodegas y las de mayor

demanda eran las siguientes: Sal de Frutas o Sal de Higuera, usadas como purgantes; Cholagoge Universal, para la tos; Jarabe de Bacalao o Emulsión de Scott, para la gripe; píldoras rosadas, también usadas como purgantes y Vermífugo Rosado, para las lombrices. En cuanto a los brujos había muy pocos en el pueblo. Estos eran temidos porque le podían poner a cualquier persona un “cachimbo” (un mal o enfermedad en el cuerpo). Los chamarreros eran personas que ejercían libremente su profesión y también eran temidos. Tenían el don de hacer los “macutos” que le colgaban al cuello a sus pacientes para librarlos de todo hechizo. Los curanderos tenían la facultad de curar “picadas de culebras” (mordeduras). Estos señores tenían mucho trabajo en la región ya que casi siempre había un picado de culebra. Tan pronto una culebra mordía a una persona a la hora que fuera ensillaban una bestia y salían a buscar al curandero, quien nunca decía que no. Tan pronto llegaba éste a la casa del “picado”, se bajaba del animal que lo conducía y entraba al sitio donde se encontraba el enfermo, le tomaba el pulso, luego pedía un litro de “cocuy”, del cual tomaba un largo trago y le daba otro al paciente, después empezaba la operación así: sacaba de su bolsillo una navaja y la ponía a calentar en un leño, con ésta abría una herida en cruz en la parte mordida por la culebra y acercando sus labios a la herida chupaba tres veces. Luego sacaba de un bolsillo una botella con un brebaje que sólo él sabía lo que contenía, se lo daba a beber al enfermo y cruzando los brazos se santiguaba y musitaba una oración. A los tres días ya el picado de culebra caminaba, aunque tenía que guardar su cuarentena. Este secreto se fue con los curanderos.

ALGUNOS CASERÍOS QUE COMPONEN EL MUNICIPIO SAN FRANCISCO

Para las décadas de los años treinta y cuarenta el municipio no se había desarrollado y sólo contaba con pocos caseríos. En la parte norte estaba El Retruque y más allá, en la falda del cerro, también al norte, estaban San Gil y La Caridad. Ya estos caseríos han desaparecido. En la parte sur estaban los caseríos Mirimirito, El Guay, El Cubecito, San José del Cube, Belén, Tinajitas y Las Quebraditas. En la parte este estaban Santa Rosa, El Candado, Altagracia, La Loma, Santa Bárbara, San Rafael y Los Cedritos. Y en la parte oeste el municipio no contaba con ningún caserío.

Al final de la década de los cuarenta empezó el crecimiento en habitantes y surgieron nuevos caseríos con personas llegadas de otras partes, especialmente de los municipios Zamora y Federación, y personas bajadas de otros caseríos del mismo municipio. Así nacieron Caidy, El Macle, La Loma, La Vega, El Cristo, La Cumbre Aragüí, San Pablo y La Palmita. Con el trazado de la vía El Bigote-Sanare nacieron los caseríos Campo Alegre, Tucucere, Las Macanillas y La Guacharaca. Los gobiernos democráticos de Raúl Leoni, Rómulo Betancourt y Rafael Caldera se esmeraron en construir viviendas rurales, así nacieron las urbanizaciones Las Delicias y El Paraíso.

CAIDY

Este caserío está enclavado a escasos cinco minutos de Mirimire, en la parte noreste. Su nombre se debe a que muy cerca de allí pasa el río Caidy, el cual nace en Jacura y desemboca en las playas de Agüide. El caserío Caidy fue fundado por Regino Yance, Manuel Linares, Wences Alvarado y Ramón Hidalgo, quienes bajaron de la parte este del municipio. Esto sucedió en el año cincuenta cuando pasaba por allí el movimiento de tierra de la nueva carretera Morón-Coro. Como quiera que el transporte vial comienza a funcionar por el desvío Sanare-Mirimire, este último quedó fuera de la vía y por lo tanto no se encontraba una bomba de gasolina donde equipar los vehículos, los hermanos Jordán montaron allí en Caidy una bomba de gasolina y con esta un restaurante y un hotel. Por la ubicación de este caserío la gente empezó a entusiasmarse y montó varios negocios. Hoy Caidy cuenta con una carnicería, una licorería, dos restaurantes, un taller electrónico y no podía faltar una casa de citas.

Ya para el año sesenta este caserío estaba bastante poblado y la gente quería que sus niños supieran leer y escribir, entonces empezaron a moverse ante las autoridades regionales y con la colaboración del gobernador Pablo Saher consiguieron su primera escuelita, la cual funcionaba en una casa de bahareque. Su primera maestra fue la señora Alicia Coello, de gran recordatorio para los habitantes de Caidy. La primera matrícula fue de quince alumnos y el alquiler del local costaba diez bolívares al mes. Para el año de 1963 inauguraron su primera

escuela moderna gracias también a la gestión de Don Pablo Saher y al señor Juan Estrada que ha hecho mucho por su caserío.

LAS MACANILLAS

El caserío Las Macanillas, a sólo diez minutos de Mirimire, fue fundado por tres personas que residían en San José del Cube, en el año 1924. Estas personas eran Juan Castillo, Manuel Linares y un cubano cuyo nombre se ha olvidado. El sitio de su fundación fue escogido por la fertilidad de sus tierras y la abundancia de agua, tenía una quebrada que nunca se secaba y una abundante “quirisa”, su nombre se debió a que la “quirisa” estaba rodeada de muchos árboles llamados macanas (hoy éstos han desaparecido). A varios kilómetros de allí, buscando el suroeste, había dos familias cuyos apellidos eran Fontalva y Pérez. En el primer trazado de la carretera Moron-Coro vía Yaracal la gente empezó a poblar esa parte y fueron naciendo caseríos como Tucucere, Campo Alegre, La Guacharaca y La Tabla. Hoy esos caseríos gozan de escuelas, dispensarios, etc.

TRES PERSONAJES DE MIRIMIRE

DON MARIO FELIZZARE

Oriundo de Italia. Llegó a Mirimire por el año de 1904, aproximadamente, procedente de Cumarebo desde donde se trasladó a esta zona conocida para entonces como Capadare, reconocida en todo Falcón y el centro del país como la mejor zona tabacalera de la región. El producto que aquí se daba era llamado “tabaco de Capadare”.

Don Mario llegó sobre un burro blanco ya cansado, con un viejo maletín como equipaje y unas alpargatas corianas. La primera noche que pasó en Mirimire pidió posada en la casa de los hermanos Petit Blanco, y como estos no tenían dormitorios disponibles le ofrecieron la caballeriza para dormir, así como dos fardos, uno para que tendiera y el otro para que se cubriera. Uno de aquellos hermanos Petit Blanco que le ofrecieron aquella noche hospitalidad al joven italiano fue don Pedro Petit, quien tuvo varios hijos entre los que se cuenta a Peruchón y Rómulo, este último padre de Jesús Petit, uno de los más sobresalientes magistrados de la Judicatura en la actualidad, y padre del abogado y político Wladimir Petit.

En la mañana, cuando se levantó don Mario y miró hacia el norte contemplando a la lejanía el exuberante verdor de las montañas que circundaban el pueblo, quedó enamorado de esa naturaleza. Luego se acercó a los pequeños sembradíos de tabaco y acarició aquellas grandes hojas. Desde ese momento se hizo una gran idea, quedarse en Mirimire, hacerse un gran productor de “tabaco de Capadare” y ayudar

a este pueblo. A los tres días marchó a Cumarebo y se puso de acuerdo con los señores Francisco Yaniny y Juan Artimani, quienes le ofrecieron toda ayuda económica para que empezara la siembra de tabaco comprometiéndose con él a comprarle toda la producción al precio que estuviera en el mercado. Al regresar don Mario a Mirimire empezó con amor a cultivar aquella tierra. Fue así como nació “La Vega”, donde la mayor parte de los hombres y mujeres encontraron una fuente fija de trabajo con la cual pudieron resistir la hambruna del año veintiséis.

Entre una de las cosas que el pueblo de Mirimire agradece a don Mario Felizzare se cuenta el haber donado la imagen de San Isidro Labrador, patrón de nuestro pueblo. Don Mario tuvo varios hijos entre los que se encuentra la madre del Dr. Mario Scoriano Felizzare, joven profesional de la oftalmología.

JUANA MAZZILLO (JUANITA “WICHE”)

Nació en el caserío Barrialito, municipio Zamora del estado Falcón, el día 16 de diciembre de 1901. Hija del italiano Luis Mazzillo y Catalina Madrid, natural de Cumarebo donde vivió Juanita con sus padres hasta la edad de ocho años cuando éstos se vinieron a Mirimire, en 1909, trayéndose a la niña amarrada sobre un burro, ya que ese era el único transporte de la época. Su infancia la pasó, como todo niño de su generación, cazando mariposas y robando los nidos a los pájaros. Ya cuando entró en la mayoría de edad ayudaba a sus padres en el campo. Como toda persona, se enamoró y tuvo tres hijos a saber, Carmen Nicolasa (La Chicha), Luis Reymundo (Chiche Wiche) y Humberto. Juanita Wiche, como un árbol, vio pasar bajo su sombra varias generaciones y, a pesar de los tantos vientos huracanados que sacudieron sus ramas, hasta los noventa y dos años se mantuvo en pie apegada a ese duro deseo de vivir.

Aunque había perdido la visión ella contemplaba aquel mundo del pasado tras los cristales de su corazón que se negaba a doblegarse al tiempo.

GERMÁN LUGO

Nació en el caserío Madre Vieja, parroquia Guzmán Guillermo, municipio Miranda del estado Falcón, el día 11 de octubre de 1911. Hijo de Policarpo Lugo Añez y Rita Isela Toyo de Lugo. Muy joven llegó a Mirimire, donde contrajo matrimonio con la señorita María Elodia Ruiz. Tuvo más de diez hijos, entre los que se encuentran Mario, Hilario, Rita, Nicolás, Rafael, Ibrahim y Violeta. Germán llegó a Mirimire entre un grupo de hombres concedores de las faenas ganaderas, que venían a enfrentarse a un lote de novillos que el general Jurado había traído del llano y que echaría a pastar en los conucos que acababa de usurpar a los campesinos, desde la entrada del Guay hasta San Pedro y desde allí hasta el cerro de la Cumbre de Agüide. A la caída del general Juan Vicente Gómez y cuando la gran huelga de los campesinos que picaron los alambres y mataron varios novillos del general León Jurado, contaba Germán que tuvo que enfrentarse a un grupo de hombres que enfurecidos querían linchar al señor Juan Herrera por el hecho de ser caporal general del ganado de León Jurado. También contaba Germán que él fue testigo del hambre de 1926 y vio a mucha gente que venía de Costa Abajo y de la península de Paraguaná, morir. Germán, con la fiebre del petróleo, se fue a Maracaibo, pero allí no demoró mucho, volvió a Mirimire y construyó un club familiar con el nombre de San Francisco. Su trabajo personal siempre lo alternó con el trabajo comunitario en bien de Mirimire donde toda la gente lo admira y lo recuerda por su ejemplo.

HECHOS RECIENTES DE MIRIMIRE

PRIMER REENCUENTRO DE MIRIMIREÑOS 14 Y 15 DEL MES
DE MAYO DE 1993 (EN EL MARCO DE LAS FIESTAS
PATRONALES EN HONOR A SAN ISIDRO LABRADOR)

La idea de este reencuentro nació del alcalde del municipio San Francisco, profesor Oswaldo Prieto; el párroco, presbítero Pedro Gamarra y el joven León González, uniéndose a ellos un grupo de entusiastas personas, entre las que se encontraban Yolis Medina, Teódulo Ramírez, César Reyes, Yoe Ramírez, Vilma Álvarez, Juan Carlos Zizzerini, Yhaces Ramírez, Oscar Caldera, un grupo de damas encabezadas por las profesoras Yolanda Morles y Eglee Vargas, Marilú de González, Ítala y Elvia Medina, Irma de Meza, Gladys de Pinto, Nellys de Salas, Vilma Álvarez, las hermanas Gómez Álvarez y la directiva de las fiestas patronales de San Isidro Labrador encabezada por Sandalio Rodríguez como presidente, la profesora Élita Jordán y Beira Contreras. La idea de todas estas personas se fue cristalizando al correr de los días y cada semana que pasaba iba tomando más y más impulso, se nombraban comisiones locales, las cuales se movilizaban y organizaban en diversas ciudades del país los subcomités del reencuentro, los cuales estuvieron integrados, por ciudad, de la siguiente forma: los hermanos Prieto y Palacios en Valencia, los hermanos Sánchez, Víctor Amaya y Mario Felizzare en Maracay y Gustavo González en Punto Fijo.

Se empezó a trabajar sin descanso. Todo el pueblo se unió como una sola persona por el éxito del Primer Reencuentro de Mirimireños.

Se hicieron bingos bailables, se imprimieron gorras, franelas, avisos, llaveros, se invitó por la radio, en especial por Radio Guadalupeana donde se dio lectura a un poema alusivo escrito por este cronista. También esa emisora entrevistó a una comisión conformada por el padre Pedro Gamarra, el señor Sandalio Rodríguez, presidente de la directiva de las fiestas patronales, las profesoras Yolanda de Encinoza, Maryorys Lugo y Eglee Vargas, Yhacces Ramírez y el suscrito. En esa entrevista se habló de la hospitalidad, las riquezas de la naturaleza, el folklore y el Reencuentro de Mirimireños.

El tiempo corría vertiginoso y los preparativos iban a la par. Se enviaban y se recibían mensajes llenos de esperanzas y de optimismo, la gente trabajaba sin descanso. La alcaldía, en la persona de su alcalde, profesor Oswaldo Prieto, ponía todo su empeño para que el Reencuentro tuviera todo el éxito deseado y colaboraba con todo lo que solicitaba el Comité de Reencuentro, como pintura, material para adorno de las calles, etc.

Corren los días y se acerca la fecha. El 14 de mayo el pueblo se echó a las calles con un entusiasmo que contagiaba a las personas que entraban y salían. Son las seis de la tarde, cae una pertinaz lluvia, los mirimireños no le “paran”, como se dice en criollo, y empiezan a adornar las calles después de que cada uno ha pintado de blanco, con la ayuda de la alcaldía, el frente de su casa. Se observan viejos, jóvenes y niños con la misma alegría, subiendo postes para colgar las bambalinas, colgando faroles, a la usanza de tiempos idos, y colocando a la entrada de cada calle arcos de palmas adornados con flores y lazos. Ya

empiezan a retornar algunos mirimireños radicados en otros lugares, entre los que se puede ver al profesor Víctor Amaya, quien sería el orador de orden en la sesión extraordinaria el día 15 en la plaza Bolívar, a Roger Sánchez, entre otros.

El manto de la noche va cubriendo paulatinamente el cielo de Mirimire y los faroles con sus luces opacas empiezan a alumbrar las calles, pero el grupo de personas que adorna a Mirimire sigue su entusiasta tarea.

Día 15. El pueblo se despierta bajo el estallido de los cohetes y la algarabía de los jóvenes que no durmieron la noche anterior. El patrón es el primero que sale para El Bigote a esperar a los mirimireños que regresarán, y luego el pueblo en caravana de carros y a pie marcha a esperar a los coterráneos. Aquello parece un sueño, ver a tanta gente reunida... De pronto, a las ocho y media de la mañana avisan que viene el primer vehículo con los mirimireños residentes en Morón. Aquello se volvió un hormiguero, abrazos, besos y lágrimas. Rato después llegan los mirimireños residentes en Valencia, Maracay y Puerto Cabello. Los últimos en llegar son los de Punto Fijo, comandados por el señor Gustavo González. La caravana de vehículos empezó su itinerario. Es una caravana impresionante, nunca vista en Mirimire y sus alrededores. Allí está todo el pueblo reunido, sin distinción de ideologías políticas, pero sí de credo religioso, es un reencuentro de católicos, con el cariño y el amor de un pueblo que los vio nacer, crecer y marcharse.

La caravana de vehículos llega hasta la urbanización El Paraíso, donde el pueblo toma en hombros al patrón y lo lleva a lo largo de seis

kilómetros, por toda la calle principal hasta El Guay. Al paso de la procesión el pueblo que no ha podido ir a recibir a sus coterráneos les extiende a éstos sus brazos a manera de saludo. Al llegar a Mirimirito se tiene una sorpresa, para los jóvenes tal vez es algo insignificante, pero para los mayores es una joya que habla del pasado. Allí hay, fabricados por manos de mirimiriteños, dos ranchitos de palma que representan unos hogares humildes del ayer, con tres niñas vestidas a la usanza de aquella época, dos semejan que pilan maíz y otra que hace café en una ollita. Esa representación es largamente aplaudida por el valor que posee para los mirimireños.

De El Guay, con la imagen de nuestro excelso patrón, se regresa a la plaza Bolívar donde la alcaldía le rinde a éste un homenaje con una sesión solemne, el orador de orden es el mirimireño nato, profesor Víctor Ramón Amaya, cariñosamente “Chichón”. En esa sesión son condecoradas varias personas que de una u otra forma han hecho por el engrandecimiento de nuestro pueblo, entre ellas Víctor Amaya, Dr. Nazareno Campanucci, Dr. Tulio Arends Wever, por su libro “Mirimire”, estos tres últimos post-mortem, a los doctores José Encinoza y Henry Curiel, a Fidelina de Caldera como enfermera, a Juan Luis Chávez y a Eva Olivares como la mujer más popular del pueblo, entre otras. Estos actos son transmitidos por las emisoras Radial Guadalupana, de Coro y Radio Puerto Cabello, de Puerto Cabello.

HACIENDO HISTORIA CON LA SOCIEDAD BOLIVARIANA

El día 26 de febrero de 1996, por iniciativa de una de las maestras del caserío San José del Cube, Oglá Moreno, tuvimos en Mirimire la grata visita del doctor Abraham Hernández Prado y los profesores Jasefa Morales y José Acosta Marte, quienes venían con la sagrada misión de dar una charla sobre Bolívar y la Sociedad Bolivariana. Esta reunión se realizó en la sala de sesiones de la Concejo Municipal con la presencia del alcalde señor José Luis Peña y el cuerpo docente - estudiantil de la Universidad Pedagógica Libertador o Mácaro.

Después de las intervenciones del alcalde, los ponentes y los asistentes se nombró una comisión para visitar el sitio histórico de la batalla de los generales José Pulido y Ruperto Monagas en Mirimirito, acordándose levantar allí un monumento alusivo, igualmente se acordó nombrar comisiones para asesorar a las comunidades educativas en la formación de las Sociedades Bolivarianas en cada escuela del municipio.

CARNAVAL 96

Un encuentro con el pasado fue lo que se vivió el día 19 del mes de febrero de 1996, día de la inauguración del carnaval. Días antes el alcalde, señor José Luis Peña, había nombrado una directiva encabezada por el señor Miguel Polanco, director de la Casa de la Cultura, Margarita Usea, Fanny Pinto y otros colaboradores. Todos trabajaron con gran entusiasmo para que todo saliera bien. Cada sector eligió su reina y se comprometió a realizar su respectiva carroza.

La carroza de El Guay representaba una casa moderna y la de Mirimiritó, una casa de barro de antaño. El sector La Plaza elaboró una carroza que evocaba el antiguo Egipto, sus pirámides y su reina Cleopatra; el sector Centro, una cesta de flores y frutas; La Palmita, una esfera representando el mundo; Aragüí, un tomate; Las Delicias, Blanca Nieves y los siete enanitos; El Paraíso, una carreta; los Hogares de Cuidado, un coche de bebé; El Macle, una orquídea; la Unidad Educativa “Distrito Acosta”, Los Diablos de Yare; Caidy, El Descubrimiento de América; y otras más que dejaron pasmados a los presentes.

SESIÓN SOLEMNE DEL CONCEJO DEL MUNICIPIO SAN FRANCISCO CON MOTIVO DE LAS FIESTAS PATRONALES DE SAN ISIDRO LABRADOR PATRÓN DE MIRIMIRE (15 DE MAYO DE 1996)

Al anuncio en el programa de una Sesión Solemne en la Plaza Bolívar, en donde serían condecoradas varias personas que con esfuerzo han contribuido con el desarrollo social, económico y cultural de Mirimire, estaban conformando el presídium las siguientes personas: El Dr. Aldo Cermeño, orador de orden; el alcalde, José Luis Peña; Monseñor Roberto Lückert, Obispo de Coro y el Dr. Camacho, síndico municipal. Se abre la sesión a las diez de la mañana, con la asistencia también del alcalde del municipio Miranda, Rodolfo Barráez y el diputado a la Asamblea Legislativa Oriol López.

Tomó la palabra el alcalde José Luis Peña, después del protocolo del secretario, lo secunda el orador de orden, Dr. Aldo Cermeño, quien hizo, en una gran pieza oratoria, alusión al acto y a la fecha. Después vinieron las condecoraciones con la Orden Única de San Isidro Labrador.

Fue clausurado el acto con las palabras del cronista municipal, quien en su nombre y en el de los condecorados dio las gracias a la alcaldía por ese noble acto.

ACTO DE JURAMENTACIÓN DE LA SOCIEDAD BOLIVARIANA DE MIRIMIRE

El día 28 de junio de 1996 se dieron cita en el caserío de Mirimirito el presidente de la Sociedad Bolivariana del Estado Falcón, Dr. Abraham Hernández Prado y la profesora Benicia Sánchez, presidenta de la Sociedad Bolivariana del estado Lara, para juramentar la directiva de la Sociedad Bolivariana del Municipio San Francisco. A las ocho de la mañana empezó el acto con una Santa Misa en la iglesia Virgen del Carmen de Mirimirito, oficiada por el cura párroco Alexis Ibarra. A las nueve de la mañana se inició la sesión extraordinaria encabezada por el alcalde José Luis Peña, los concejales e invitados. La directiva de la Sociedad Bolivariana del Municipio San Francisco conformada por José del Carmen Barroso, presidente; Adelaida Jordán, las maestras Oglá Moreno, Nellys Gutiérrez de Lovera, el cura párroco Alexis Ibarra, Andrés Gutiérrez y Carlos Canelón, fue juramentada por el Dr. Hernández Prado, mientras que la Sociedad Bolivariana Estudiantil fue juramentada por la profesora Sánchez. Antes, el Dr. Hernández Prado había disertado una preciosa pieza oratoria en su carácter de orador de orden. Luego de las imposiciones de botones hubo una reseña histórica sobre el lugar donde se realizaba el acto, a cargo del cronista del municipio, Sr. José del Carmen Barroso, y se develó una placa en conmemoración de los generales Ruperto Monagas y José Ignacio Pulido, quienes el 27 de febrero de 1870 libraron allí una Batalla Civil. Con la entonación del Gloria al Bravo Pueblo, el

izamiento de la bandera, la develación de la placa de alegoría y el himno del estado Falcón, cantado por alumnos de las escuelas, se cerró el acto.

ANEXOS



El Negro Barroso y su esposa Ygnacia recién casados (1962)



Calle Bolívar de Mirimire en 1947. Fotografía: Dr. Tulio. Arends Wever



Calle Bolívar de Mirimire en la actualidad



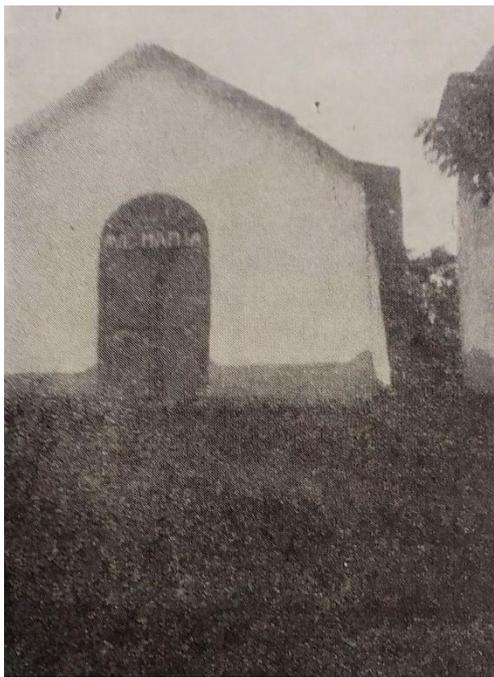
Calle Bolívar de Mirimire fotografiada por el Dr. Tulio. Arends Wever



Calle Bolívar de Mirimire. Al fondo cerro San Gil



Calle Bolívar ayer y hoy. Foto superior: Diario La Mañana, circa 1962



Primera iglesia de Mirimire construida de bahareque. Fotografía: Dr. Tulio Arends Wever



Templo parroquial San Isidro Labrador en la actualidad



Interior de la iglesia San Isidro Labrador en la actualidad. Fotografía: Chelo Barbera



Imagen de San Isidro Labrador donada por Don Mario Felizzarez a principios del siglo XX



A la derecha antigua oficina de correo una de las pocas casas tradicionales que continúan en pie. A la izquierda antiguo club y bar Mi Tenampa



Casa de bahareque tradicional de Mirimire aún en pie. Sector La Plaza.



Casa de bahareque tradicional de Mirimire aún en pie. Propiedad de la Familia Lugo. Sector El Guay.



Plaza Bolívar de Mirimire



Busto del Libertador Simón Bolívar
del escultor italiano Libero Frizzi



Grupo Escolar Domínguez Acosta de Mirimire



Liceo de Mirimire



Dr. Tulio Arends Wever primer médico de Mirimire



Libro del Dr. Tulio Arends Wever primer médico de Mirimire



Señora Juana Mazillo, mejor conocida como Juanita



Fotografía del título de conducir del señor Germán Lugo, 1953

La familia Barroso Morales quiere agradecer al Fondo Editorial UNEFM, especialmente a las profesoras Wilmara Borges y Yudyth Revilla; al Lic. Iván Gómez, editor de la revista Coroculto; al Lic. Ennio Tucci, director de la Editorial Madriguera, y al Dr. Alexis Arends, por su apoyo para que este libro saliera a la luz y encuentre al fin los lectores que se merece.



José del Carmen “Negro” Barroso (1925), nació en el caserío Agüide, parroquia La Pastora, municipio Acosta del estado Falcón. Fueron sus padres Andrés Barroso y Josefina Morales de Barroso. Cuando tenía seis años se trasladó con su familia a vivir a Mirimire. Inició sus estudios a los ocho años con el maestro José Pulido Ruiz, oriundo de Píritu, del cual guardaba muy gratos recuerdos. En su niñez y adolescencia sintió gran afición por la lectura y la escritura llegando, incluso, a publicar un cuento en la revista infantil, editada por el Ministerio de Educación, “Onza, Tigre y León”. Sus escritos sobre Mirimire han sido publicados en diversos periódicos del estado Falcón. El nombre de José del Carmen Barroso Morales ha sido incluido en diversas publicaciones (el libro *Curiana* por ejemplo) entre las personas que con sus artículos de prensa contribuyeron en la lucha por una universidad para Coro, anhelo de todos los falconianos que se concretó en 1977 con la creación de la Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda. Murió en Mirimire el 5 de febrero de 2009.

En este libro se reúnen las crónicas escritas por el Negro Barroso hasta el año 1996. En varias oportunidades su autor diligenció la publicación de sus textos, pero murió sin verlos impresos. "Mirimire en crónicas" fue guardado con mucho celo por Ygnacia, su esposa, hasta ahora, cuando el Fondo Editorial UNEFM y la Editorial Madriguera han unido esfuerzos para sacarlo a la luz.